

Juan Crisóstomo

## **MUERTE DE CRISTO**

Muchas veces me he preguntado qué razón tuvieron nuestros mayores para ordenar que dejando las casas de oración de las ciudades, nos reuniésemos hoy fuera de la ciudad y en este lugar. Porque no creo que lo hicieran sin razón y sin motivo suficiente; por lo cual he indagado la causa, y la he hallado, con la gracia de Dios, justa, satisfactoria y muy a propósito para la presente festividad. Y ¿cuál es la causa? Hacemos conmemoración de la cruz, y como el crucificado fue muerto fuera de la ciudad, he aquí por qué nos hicieron salir también a nosotros fuera de ella. Puesto que al pastor le siguen sus ovejas, donde está el rey allí están los soldados, y *donde está el cuerpo allí están las águilas* (Mt. 24, 28). Esta es, pues, la razón de reunirnos fuera de la ciudad; más aún, voy ahora a demostraros que esta es la razón, aun atendidas las Sagradas Escrituras. En efecto, para que no penséis que esta es conjetura mía, a San Pablo os presento por testigo. ¿Qué es lo que él dice sobre los sacrificios (Heb. 13, 11)? *Los animales, cuya sangre lleva al Sancta por los pecados el pontífice, son quemados fuera del campamento. Por esto también Jesús para santificar al pueblo con su propia sangre padeció fuera de la ciudad. Ea, pues, salgamos en pos de él fuera de los campamentos, llevando su improperio.* Lo dijo, lo mandó San Pablo; le hemos obedecido, hemos salido fuera. Por esto, pues, nos reunimos fuera. Y ¿por qué razón *en este lugar de mártires* (santuario-relicario) y no en otro ya que, gracias a Dios, nuestra ciudad está por todos sus costados amurallada con las reliquias de los santos? ¿Por qué, pues, nuestros antepasados quisieron que aquí y no en otro relicario de mártires nos reuniéramos? Porque aquí reposa gran muchedumbre de muertos. Y como hoy descendió Jesús a los muertos, por esta razón nos reunimos en este lugar; el cual tiene el nombre de cementerio (sitio de reposo) para que entiendas que los que terminaron su vida y están aquí depositados no están muertos, sino que reposan y duermen. Antes de la venida de Cristo la muerte se llamaba muerte: *En el día, dice, en que comieres del árbol, morirás muerte* (Gen. 2, 17), y otra vez: *El alma que peca, esa precisamente morirá* (Ez. 18, 20). Y David: *La muerte de los pecadores es mala* (Sal. 23, 22), y de nuevo: *Hermosa es ante el Señor la muerte de los Santos* (Sal. 115, 15), y Job: *La muerte es para el hombre descanso* (Job. 3, 23 y 17, 16). Ni se llamaba tan solamente muerte, sino también infiero. Oye a David que dice: *Con todo, Dios*

*redimirá mi alma de las manos del infierno cuando me reciba* (Sal. 48, 16). Y Job: *Conduciréis mi vejez con gran tristeza al infierno* (Gen. 42, 38).

Estos nombres tenía nuestro fin antes de ahora. Pero una vez que vino Cristo y murió por la vida del mundo, ya la muerte no se llama muerte, sino sueño y reposo. Y que se llama reposo, claramente se echa de ver en estas palabras de Cristo: *Nuestro amigo Lázaro está en reposo* (Jn. 11, 11). No dijo “está muerto”, por más que así fuera. Y para que entiendas cómo el nombre de sueño o reposo era extraño, mira cómo al oírlo se turban los discípulos y dicen: *señor, si está dormido, será salvo* (Jn. 11, 12); tan lejos estuvieron de entender lo que significaba aquella frase. Y de nuevo San Pablo, dirigiéndose a unos, dice: *¿Acaso los que durmieron perecieron* (1 Cor. 15, 18)? Y en otra parte, hablando de los difuntos, dice: *Nosotros los vivos nos anticiparemos a los que ya reposaron* (1 Tes. 5, 15). Y de nuevo en otra parte: *Levántate, tú que duermes* (Ef. 5, 14). Y para demostrar que dice esto de los muertos, añadió: *Y resucita de entre los muertos*. Mira cómo dondequiera se llama sueño a la muerte; y he aquí la razón por qué también este sitio se llama cementerio (lugar de reposo, dormitorio): nombre que verdaderamente nos es provechoso, y está lleno de mucha filosofía. Cuando, pues, traes aquí a un muerto no te cause quebranto, puesto que no le traes a la muerte, sino al reposo. Este solo nombre te basta para consuelo de tu infortunio. Considera adonde lo traes, al lugar de reposo; y cuándo los traes, después de la muerte de Cristo, cuando ya están cortados los nervios de la muerte. De modo que bien consideréis el lugar, bien la ocasión, es muy grande el consuelo que podéis recibir. Para las mujeres, sobre todo, es más acomodado este discurso, porque es su natural más impresionable y caen más fácilmente en desaliento. Basta, sin embargo, por todo remedio el nombre de este sitio. Ya veis, pues, por qué nos reunimos aquí.

## II

Hoy recorrió nuestro Señor todos los recintos del infierno; hoy *quebrantó sus puertas de bronce*; hoy *despedazó sus cerraduras de hierro* (Sal. 106, 16; Is. 45, 2). Atiende a lo expresivo de la palabra. No dijo, abrió las puertas de bronce, sino, quebrantó las puertas de bronce, para inutilizar la cárcel misma. No quitó los cerrojos, sino que los deshizo, para hacer impotente la cárcel. Porque donde no hay ni

puerta ni cerrojo, quienquiera que entre no puede ser retenido. Una vez, pues, que Cristo la rompió, ¿quien la podría recomponer? Porque lo que Dios derribare, ¿quién lo podrá levantar? De muy distinta manera obran los reyes cuando quieren dar libertad a los cautivos; pues envían sus documentos reales para este fin, pero dejan en la cárcel, como antes, las puertas y los guardas, dando a entender que es preciso vuelvan a entrar allí, o los que han sido libertados, o bien otros en su lugar. Pero no así Jesucristo; antes queriendo demostrar que ya le llegó su fin a la muerte, quebrantó sus puertas de bronce. Y las llamó de bronce, no porque en realidad fueran de bronce, sino para indicarnos lo cruel e inexorable de la muerte.

Y para que veas como en la Escritura tanto el bronce como el hierro significan lo rígido y lo inflexible, oye lo que dice a un impudente: *Son tus nervios de hierro, tu cerviz y tu frente de bronce* (Is. 48, 4). Y decía así no porque tenía un rostro implacable, desvergonzado y cruel. ¿Quieres saber cómo era la muerte implacable, inflexible, y dura como el mismo diamante? En tan largo tiempo como reinó, nadie la pudo persuadir a que soltara a ninguno de sus cautivos, hasta que bajó el Señor de los ángeles y la obligó. Porque, en primer lugar, ató (a la esforzada) su fortaleza, y entonces le arrebató sus riquezas; por eso añadió: *Sus tesoros, sombríos, invisibles* (Is. 45, 3). Sentencia es ésta sencilla pero de doble sentido; porque hay sitios sombríos, pero que muchas veces se pueden ver, introduciendo lámparas y luces; mas aquella región del infierno era muy caliginosa y desapacible, ni había jamás admitido en sí la naturaleza de la luz; por eso la llamó sombría e invisible. Y verdaderamente, era sombría hasta que bajó allá el Sol de Justicia, y resplandeció, y convirtió el infierno en cielo; porque donde está Cristo, allí está el cielo. ¡Y con cuánta razón llama al infierno tesoros sombríos! En él estaban depositadas muchísimas riquezas; puesto que toda la naturaleza de los hombres, que son riqueza de Dios, había sido saqueada por el demonio que engañó al primer hombre, y subyugaba a la muerte. Bien demuestra San Pablo cómo toda la naturaleza de los hombres era hacienda de Dios, al decir: *Rico para todos y sobre todos los que le invocan* (Rom. 10, 2). Así, pues, como un rey, cuando da con un cabecilla de ladrones que recorría las ciudades y arrebatava de donde podía, y se metía en escondrijos para depositar allí el dinero, le echa cadenas y le entrega al suplicio, pero el dinero lo traspasa al real erario, así también Cristo, al capitán de ladrones y guarda de cautivos, al demonio y a la



muerte, los encadenó con su propia muerte; pero toda su riqueza, la naturaleza humana, la trasladó al erario real. Esto nos demuestra también San Pablo al decir: *Nos redimió de la potestad de las tinieblas y nos trasladó al reino de su amor* (I Col. 1, 13).

Pero lo verdaderamente admirable, es que bajó a hacerlo el mismo rey en persona; porque ningún rey se dignaría jamás de hacer tal obra; antes suelen soltar a los cautivos por medio de sus ministros. Pero aquí, no tal, antes bien, el mismo rey descendió adonde estaban sus cautivos, y no se desdeñó de la cárcel ni de los presos; pues no iba a desdeñarse de aquel a quien crió; y rompió las puertas, quebrantó los cerrojos, presentóse en el infierno, dejó desiertas todas sus cárceles, y cogiendo y atando el alcaide, volvió después a nosotros. Véase conducir, a su pesar, el tirano cautivo, el poderoso encadenado. La misma muerte, arrojadas sus armas, corrió desnuda a postrarse a los pies de su rey. ¿Has visto qué victoria tan admirable? ¿Has visto qué prodigios los de la cruz?

### III

¿Quieres que te diga otra coas todavía más admirable? Mira el modo cómo venció, y todavía te causará más asombro. En efecto; por los medios porque venció al demonio, por esos mismos le superó Cristo, y arrebatándole sus mismas armas, con ellas le derrotó; y, ¿cómo?, óyelo. Una virgen, un leño y la muerte, eran los símbolos de nuestra derrota. La virgen era Eva; porque aún no había conocido varón; el leño era el árbol, y la muerte era la pena de Adán. Más he aquí como a su vez estos tres símbolos de nuestra derrota, la virgen, el leño y la muerte, se convierten en símbolo de nuestra victoria. Porque en vez de Eva, viene María; en vez del leño de la ciencia del bien y del mal, el leño de la cruz; en vez de la muerte de Adán, la muerte de Cristo. ¿No ves cómo por donde triunfó, por ahí fue derrotado? En el árbol venció el demonio a Adán; en la cruz derrotó Cristo al demonio; el primer leño arrojaba al infierno; el segundo, aun a los que habían bajado, los sacaba de él. Y más, el primer leño ocultó al hombre desnudo y triunfador. Y la primera muerte condenaba a los hombres que vinieran después de ella; mas la segunda muerte, resucitó aun a los que habían nacido antes de ella. *¿Quién celebrará el múltiple poder del Señor* (Sal. 105, 2)? Por la muerte nos hemos convertido en inmortales; éstos son los prodigios de la cruz. ¿Has comprendido la victoria? ¿Has comprendido la manera cómo venció?

## IV

Pues mira también cómo esta obra se llevó a cabo sin trabajo por nuestra parte. No tuvimos nosotros que ensangrentar las armas, no nos pusimos en las filas de la batalla, no recibimos heridas, no vimos la guerra, y alcanzamos la victoria; del Señor fue la lucha, nuestra la corona.

Una vez, pues, que fue también es nuestra la victoria, cantemos hoy en alta voz, como los soldados, el cántico de nuestro triunfo; entonemos este himno al Señor: *Ha sido absorbida la muerte por esta victoria; ¿dónde está ¡oh muerte! tu victoria?, ¿dónde ¡oh muerte! tu aguijón* (Os. 13, 14; 1 Cor. 15, 54-55)? Todo esto nos consiguió la cruz; la cruz, trofeo de la derrota del demonio, espada contra el pecado, lanza con que traspasó Cristo a la serpiente. La cruz es la voluntad del Padre, la gloria del Unigénito, el regocijo del Espíritu Santo, el adorno de los ángeles, la seguridad de la Iglesia, la jactancia de Pablo, el muro de los santos, la lumbrera de toda la tierra. Porque así como cuando una casa está sumida en oscuridad, quien enciende una luz y la levanta en alto, ahuyenta las sombras, así también cuando estaba la tierra ocupada por las tinieblas, alzó Cristo en alto la cruz como una luz encendida, y disipó todas las tinieblas de la tierra. Y así como una lumbrera tiene la luz a la cabeza, en la parte superior, así también la cruz tenía resplandeciendo en su cabeza y parte superior al Sol de la Justicia. Y viéndole allí enclavado, estremeciósse el mundo, conmoviósse la tierra y quebrantáronse los peñascos, más no se quebrantó la insensibilidad de los judíos; rásgose el velo, mas no se rasgó su perversa unión de voluntades. ¿Por qué se rasgó el velo? Porque no podía el templo ver al Señor crucificado, y con lo que sucedió en su velo nos dice, aunque no con palabras: *Pisotee ya quienquiera el Sancta Sanctorum; porque ¿qué provecho obtengo de el, una vez de ofrecida fuera de aquí tal víctima? ¿qué provecho obtengo del testamento? ¿qué provecho obtengo de la ley? En vano y sin fruto he instruido a estos por tanto tiempo.* Estos clamores daba también el profeta, al decir: *¿Por qué bramaron las naciones, y los pueblos meditaron vaciedades* (Sal. 21)? Ya habían oído: *fue llevado como oveja al matadero, y calló como cordero delante de quien le trasquila* (Is. 53, 7). Y con haber meditado durante tanto tiempo la profecía, estando presente la realidad, no la creyeron. ¿No has visto cómo meditaron vaciedades? Por esto se rasga el velo del templo, dando a entender la soledad que después de esto había de tener para siempre.

Y puesto que también nosotros vamos a ver esta tarde a Cristo clavado en la cruz, como cordero muerto y ofrecido en sacrificio, acerquémonos con temblor, acerquémonos, digo, con mucho respeto y veneración. ¿No sabéis cómo los ángeles estuvieron junto al sepulcro, cuando ya este no poseía el tesoro de su cuerpo? Y sin embargo, por el mero hecho de haber guardado el cuerpo del Señor, tienen aun al lugar mucho respeto. ¿Conque los ángeles que sobrepujan a nuestra naturaleza asisten al sepulcro con tanta reverencia y veneración; y nosotros, que vamos a asistir no ya al sepulcro, sino al mismo altar (mesa sagrada) que contiene al Cordero, nos llegamos a él con turbación y desorden? ¿Y qué perdón se nos podrá conceder en adelante? No lo digo sólo por decirlo, sino que como veo a muchos esta tarde excitando desorden, lanzando clamores, empujándose mutuamente, dando saltos, diciéndose afrentas, y ganando más bien castigo que la salvación de su alma, no puedo menos que dirigiros esta exhortación. ¿Qué estás haciendo, hombre? Cuando estás delante del ara el sacerdote extendiendo sus manos al cielo, invocando al Espíritu Santo para que descienda y toque las ofertas, guardas mucho reposo, mucho silencio; y cuando concede su gracia el Espíritu Santo, cuando ha bajado ya, cuando ha tocado las ofrendas, cuando ves a la oveja ya muerta y consumado el sacrificio, ¿entonces tumulto, entonces turbación, entonces rencillas, entonces injurias? Y ¿cómo podrás gozar de esta hostia, acercándote a tal mesa con tanta turbación? ¿No nos basta el llegar con pecados, sino que además, no dejamos pasar sin cometer nuevas culpas la misma ocasión de acercarnos? Porque cuando suscitamos rencillas, cuando causamos desorden, cuando mordemos a los prójimos, ¿cómo podremos estar libres de culpa? ¿Por qué te apresuras, díme? ¿Por qué te precipitas viendo a la oveja ya sacrificada? Aun cuando se pudiera estar mirando a este sacrificio durante toda la noche, díme, ¿causaría fastidio esta acción? Todo el día has aguantado, has pasado en espera la mayor parte de la noche, y ¿quieres destruir y echar a perder tanto trabajo en un momento de tiempo? Piensa cual es la víctima ofrecida, y cuál es la causa de que se ofrezca: ha sido sacrificada por ti. ¿Y tú la abandonas precisamente cuando la ves sacrificada? *donde está el cuerpo, dice, allí también están las águilas* (Mt. 24, 28). Mas nosotros nos acercamos, no como águilas, sino como perros; tanta es nuestra desvergüenza. Piensa que es lo que

en el sacrificio se derramó. Sangre es, sangre, que borró la escritura de nuestros pecados; sangre, que purificó tu alma, que lavó tu afrenta, que triunfó de los principados y potestades. *Porque despojado*, dice, *expuso a público escarnio a los principados y potestades con libertad triunfante en la cruz* (Col. 11, 15).

Muchos son, dice, los símbolos de victoria que tiene ese trofeo: los despojos están suspendidos, arriba en lo alto de la cruz. Porque así como un rey magnánimo, cuando ha logrado ganar una guerra difícilísima, coloca en lo alto del trofeo el peto y el escudo y las armas del tirano y de los soldados vencidos, así también Cristo, habiendo triunfado en la guerra contra el demonio, cogió todas sus armas, que eran la muerte y la maldición, y las colgó de lo alto de la cruz como de un trofeo, a fin de que todos las contemplaran, las potestades que habitan en lo alto del cielo, los hombres que viven en lo bajo de la tierra, y los mismos perversos demonios derrotados. Ya, pues, que hemos podido gozar de tan grande don, mostrémonos, en cuanto podamos, dignos de los bienes que se nos han otorgado, para que alcancemos también el reino de los cielos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA